

DESCANSO

para el alma



Cuando tenía unos 10 años llegó a mi pueblo un movimiento religioso. Hacían reuniones todos los días en la plaza o en una cancha y atraían a la gente con su música. No recuerdo qué enseñaban, pero algo que mencionaban mucho era el infierno y el cielo. Decían que al morir uno iba a uno de los dos lugares. Eso me dio mucho temor.

A los 14 años me mudé a Hermosillo, y vivía con miedo de morirme porque sabía que me iría al infierno. Estaba consciente de que yo hacía cosas que no eran buenas delante de Dios. En mi ignorancia, todo el tiempo le pedía perdón a Dios, pero nunca estaba seguro si lo tenía.

Así fui viviendo mi vida, sin Dios, sin Cristo y sin esperanza. Cuando tenía como 45 años ya me sentía muy abrumado por mi pecado. Podía ver el daño que le estaba causando a mi familia y llegó un punto en que veía muy cerca la muerte y tenía mucho miedo de pasar a la eternidad e ir al infierno. Por eso me acerqué a una secta religiosa. Allí me enseñaron que podía ir al cielo si me bautizaba, hacía algunas obras, y sobre todo si daba el diezmo. Esos eran los requisitos para agradar a Dios. Allí estuve algunos años, hasta que, de-

bido a ciertas circunstancias, me vi obligado a leer la Biblia y me di cuenta de que las cosas que allí me enseñaban contradecían la Biblia.

Eso despertó en mí una inquietud muy grande, sobre todo cuando leí Mateo 7.21-23, donde el Señor Jesucristo dijo: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos... Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad”. Yo no quería ser uno de esos muchos, así que me alejé de esa religión y empecé a pedirle a Dios que me mostrara la verdad.

Poco después llegó a mi casa una invitación a una serie de predicaciones del Evangelio, y decidí asistir desde principios de enero de 2020. Una noche alguien me preguntó si era salvo; le dije que sí y le di muchas razones. Esa persona me animó a seguir escuchando el Evangelio, y sus palabras me hicieron ver que no era salvo.

Unos días después, el 18 de enero, predicaron sobre Juan 5.24: “El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación,

mas ha pasado de muerte a vida”. Me fui pensando en ese versículo, y en la madrugada del siguiente día me desperté con esas palabras. Meditando en ellas entendí que la salvación es sólo por medio del Señor Jesucristo, porque es un regalo que Dios da por gracia, no por obras, y que yo lo podía obtener únicamente al creer. Comprendí y creí que Cristo ya había pagado en la cruz por todos mis pecados, y toda la inseguridad y el miedo que sentía desde los 10 años desapareció. Jesucristo dijo: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mateo 11.28).



Jesús Rochín



Publicaciones Pescadores
publicacionespescadores@gmail.com